

zón cuando sostiene que es necesario dejar abierta la puerta para los que vuelven reconociendo que se han equivocado. "Con la condición de vigilarlos", añade Rolland, que confiesa sentir una invencible repugnancia al tener que "olvidar y perdonar las renunciadas y debilidades de los hombres y de las doctrinas políticas en los días de prueba". Barbusse no tiene razón cuando pretende imputar al espíritu "la infalibilidad de las leyes fundamentales de no se qué geometría social", cuando la Revolución marxista-leninista "no es más que un grandioso experimento social, del que podemos decir que es casi la única oportunidad de salud social, sin que podamos afirmar que tendrá éxito" (Subrayamos nosotros, E. R.) Inmediatamente, Rolland añade, entre paréntesis, que la tragedia de la "condición humana" consiste en que la suerte de la humanidad se juega y vuelve a jugarse a cada instante. En esto está su grandeza.

Barbusse no tiene razón cuando abarata el precio de los medios revolucionarios para obtener los fines. A este propósito, Rolland repite lo que ya proclamaba en su **Clerambault**: "No es cierto que el fin justifique los medios. Para el verdadero progreso los medios son más importantes que la finalidad... porque modelan el espíritu del hombre de acuerdo a un ritmo de justicia o de acuerdo a un ritmo de violencia. Si es esto último lo que sucede, ninguna forma de gobierno podrá impedir la opresión de los débiles por los fuertes. Por esto considero esencial la defensa de los valores morales, y todavía más durante una Revolución que en otro tiempo. Las revoluciones constituyen una época de mudanza en la que el espíritu de los pueblos se halla presto a la transformación."

Debe destacarse la profunda verdad expresada en esas líneas de Rolland. Estoy de acuerdo con él. Paralelamente a aquel debate, yo también discutí con Barbusse en un capítulo de mi **Humanitarismo y la Internacional de los Intelectuales** (1922); en la carta abierta... Pero también contra toda violencia, que le dirigí en 1928 y en dos entrevistas —Bucarest y París—, que relaté en mis **Peregrinaciones Europeas** (1930). No me es posible resumir aquí estos textos que, por otra parte, nada han perdido de su actualidad.

Volvamos al debate Rolland-Barbusse. Este último replicó con "cierta torpeza de expresión... que la intervención de la violencia no es sino un detalle". Rolland contesta que, en determinados momentos de la historia, la violencia es una necesidad dolorosa, que "el espíritu no puede darse el lujo de elegir confortablemente los medios", pero que éstos constituyen un cuchillo al cuello (**El cuchillo entre dientes** es precisamente el título de un folleto de Barbusse, aparecido en aquella época). Hay que empuñar con mano firme ese cuchillo y revolverse contra el asesino "si no se quiere ser asesinado". Más que la violencia misma, "impuesta a todos por la necesidad de vivir" (!?), lo que a Rolland repugna es la apología de la violencia que entonces hacían "esos frené-

ticos salidos de la guerra, de la que repetían las peores lecciones para aplicarlas a la Revolución, que tiene como fin librarnos de ellas".

A estas alturas parecería que la discusión gira sobre sí misma. En tanto no nos decidamos a elegir francamente entre la violencia o la no violencia, nos hallamos dentro de un círculo vicioso. Para Rolland, la violencia no podrá ser jamás una virtud. "En el mejor de los casos representa un duro deber que se cumple inflexiblemente, sin motivo de vanagloria". Un prudente hombre de Estado, consciente de su responsabilidad, no preconiza la violencia a la ligera, "como hace en Roma el siniestro Duce, cuando celebra ante los niños, como si se tratara de un deporte, la ametralladora". ¿Solamente el Duce? ¿Cuántos siniestros dictadores, pequeños o grandes, no han celebrado desde entonces este mismo deporte, y aún otros más crueles, en casi todos los países del mundo, fñrhers, caudillos, poglavnic, capitanes, comisarios del pueblo? Jefes, jefes todopoderosos, aliados o enemigos, encaramados por sus mercenarios o sus partidarios sobre el pináculo del poder, es decir sobre las encorvadas espaldas de sus pueblos subyugados, temerosos o arrogantes, cobardes o ahogados por la ira y el orgullo...

"No es solamente la violencia contra el cuerpo", proclama Rolland a pesar de todo. Para él la violencia contra el espíritu es más dolorosa que la violencia brutal. Los más altos valores morales: humanidad, libertad, la verdad sobre todo, son frecuentemente sacrificados a "la razón de Estado". Estos valores deben ser salvaguardados en interés de la humanidad, y por el propio interés de la Revolución. "Ya que una Revolución que los olvidara estaría condenada, más pronto o más tarde, a mucho más que a una derrota material: al desmoronamiento moral".

Este es precisamente el papel que los intelectuales libres deben desempeñar: defender los valores morales para la Revolución e inclusive contra ella misma cuando, en su apasionamiento, amenaza destruir el tesoro común de la humanidad.

El **Uno contra Todos** de Clerambault también es el **Uno para Todos**. Romain Rolland reivindica su lugar en el solar de la Revolución: "¿Con qué derecho decretáis —pregunta a Barbusse, que le ha relegado entre los burgueses— (1) que aquel que no piensa como vosotros se encuentra al margen de la Revolución? La Revolución no es patrimonio de ningún partido. La Revolución es la morada de todos aquellos que desean una humanidad más feliz. Por lo tanto también me pertenece. Lo que ocurre es que yo no puedo vivir en un ambiente tan limitado como el que quieren imponerme de igual modo "burgueses" y comunistas. Por eso abro las ventanas. Inclusive estoy dispuesto a romper los cristales con tal de respirar. Pues yo soy uno de esos pocos hombres que tienen la pretensión —al parecer exorbitante— de permanecer con la Revolución y seguir siendo hombres libres".

Es conveniente volver a leer esta respuesta, digna de una con-